

asasen al mártir en unas parrillas, lardeándolo con mostaza y vinagre. Mantúvose inmóvil el Santo fijos los ojos en el cielo, adorando y bendiciendo al Señor en aquella postura de inmolación; pero deseubriéndose visiblemente la mano del Todopoderoso en la constancia y en la alegría del ilustre mártir, admirados los gentiles, clamaron diciendo que no podía ser aquella prodigiosa fuerza del paciente sin algun milagro. Oró Cucufate con las espresiones del salmo 16 de David, que comienza: *Escucha, Señor, mi justicia, atiende á mi deprecacion*; y al fin de él quedó sano, y consumidos los verdugos del fuego con que le atormentaban.

El juez ciego ya y duro como piedra, atribuyendo el prodigio á las malas artes de que eran notados los cristianos por los gentiles, mandó que encendida mayor hoguera fuera de la ciudad fuese en ella quemado; pero orando el Santo, la hoguera se apagó, y él quedó sin lesion. Conoció muy bien el tirano, que en la invencible fortaleza del ilustre mártir se ocultaba alguna virtud sobrenatural que lo defendía; mas no queriendo manifestarse vencido, dió orden de que pudiesen á Cucufate en un oscuro calabozo cargado de pesadas prisiones, prohibiendo que se le suministrase el menor alivio; pero el Señor tuvo especial cuidado de su siervo, haciendo que bajase una luz celestial que dispó las tinieblas de la mazmorra, derramando á un mismo tiempo una dulzura divina, que le inundó de alegría. Llenó á los guardas de admiracion el extraordinario resplandor; y no siendo fácil resistirse á tanto tropel de prodigios de que fueron testigos, creyeron en Jesucristo. Supo el juez tan inesperada novedad; y encendido en una furiosa cólera, al otro día mandó que arasen las carnes del santo mártir con cardas de hierro, durante cuyo martirio se oyó una voz del cielo que le dijo: *Cucufate, todo cuanto pidas, te será concedido*. Pidió al Señor, que le concediese fortaleza para triunfar de todos los tormentos de sus enemigos, y puesto que el tirano rehusaba conocer la verdad, pereciese con todos los ídolos. Oyó el Señor las súplicas de su siervo; y entonces sucedió el desastrado fin de Maximiano, el cual cayendo de la carroza en que iba á adorar los ídolos, quedaron hechos polvo éstos en el templo y aquél en medio de la plaza de Barcelona.

Resumió con nuevo ardor la causa otro vicario de Daciano llamado Rufino, no menos obstinado que sus predecesores en sostener el culto de los ídolos. Supo todo lo ocurrido con el ilustre mártir, en cuyo favor se declaró el pueblo en vista de las prodigiosas maravillas de que fué testigó; y temiendo este tirano ver-

se vencido con confusion, como lo habian sido Galerio y Maximiano, pronunció la siguiente sentencia: *Mandamos degollar á Cucufate por rebelde á nuestros emperadores, y renitente á ofrecer sacrificio á nuestros dioses*. Ejecutóse la inicua sentencia á dos leguas de Barcelona hácia Tarrasa, en el sitio llamado *Castro Octaviano* en el día 25 de julio á principios del siglo iv; y habiendo recogido los cristianos el venerable cadáver del ilustre mártir, le dieron sepultura en el mismo sitio, el cual se conservó entero hasta mas de la mitad del siglo viii, en que S. Fulrado, abad de S. Dionisio de Paris, trasladó á Francia una parte principal de sus reliquias, que sin duda fué la cabeza; conservándose lo demás en el célebre monasterio de monges benedictinos que se fundó allí en honor del Santo, el cual destruido por los moros, fué reedificado despues y subsiste hoy con el título de S. Cucufate Vallense (ó S. Culgat del Vallés, como lo llaman los naturales.)

El culto de S. Cucufate viene propagado desde los primeros Martirologios Jeronimianos hasta hoy. Al fin del siglo iv ya lo llama Prudencio *esclarecido*, por donde se colige que recibió culto público luego que por medio de Constantino vino la paz á la Iglesia. No es inverosímil que luego tuviese el oficio introducido despues en el breviario gótico. El principio de este culto fué en Barcelona, donde se ha celebrado su festividad con lecciones y responsorios propios sacados de las actas de su martirio.

Se conserva en Barcelona la tradicion del sitio donde nuestro Santo fué arrojado al fuego, y se llamaba aquel lugar *Horno de S. Cucufate*, en el cual se erigió una iglesia que data desde fines del siglo ix ó principios del x, que hoy es parroquia, y la fundó Guislaberto, que mas adelante fué obispo de la misma ciudad.

Las reliquias que quedaron en el monasterio del Vallés, habiendo estado ocultas por algun tiempo, fueron descubiertas milagrosamente en el año 1079, desde cuyo tiempo han sido veneradas hasta ahora sin interrupcion.

En Oviedo se conserva una reliquia de nuestro santo mártir; otras fueron trasladadas á Braga y despues á Compostela por el obispo Gelmirez en el año 1102, segun lo refiere la historia Compostelana (*Lib. 1, cap. 15.*)

SAN TEODOMIRO, MONGE Y MÁRTIR.

El ejemplo de fortaleza que dieron en Córdoba los ilustres mártires Sisenando y Pablo, encendió de tal modo el ánimo de otro esforzado militar de Jesucristo llamado Teodomiro, que

ni la severidad de los jueces árabes, ni los enormes castigos que estos ejecutaban contra los fieles, ni el amor á la vida, pudieron intimidarlo, para que dejase de combatir contra los enemigos de la fe; ansioso de lograr la corona del martirio. Fué este héroe natural de un pueblo dicho antiguamente Carmo y hoy Carmona, pueblo antiguo y fuerte entre Córdoba y Sevilla, de donde le sacó el amor de las letras, y mas el de la virtud en que tanto florecian por aquel tiempo los monasterios de Córdoba.

No dice S. Eulogio en cual de ellos se retiró Teodomiro. Los PP. Antuerpienses se inclinan á que fué monje de Carmona. Uno y otro sentido pueden recibir las palabras de S. Eulogio, *Theodomiri Carmonensis Monachi*. Tambien hay oscuridad en los sucesos particulares de su vida. Bien que el fin de ella muestra cuales serian los pasos por donde llegó á tan esclarecida corona. Es lo cierto que lastimado Teodomiro del sumo abatimiento y desprecio con que en tiempo de Abderramen trataban los moros á nuestra santa religion, inspirado del cielo se presentó al juez, y le reprendió por la cruel tiranía con que derramaba tanta sangre cristiana. Disponian las leyes de los moros, que fuese decapitado el fiel que se atreviese á confesar públicamente su ley, y á declamar contra su profeta Mahoma. En su consecuencia al punto mandó el juez que degollasen á Teodomiro como á los demás en la plaza del palacio. Fué esto tal dia como hoy en el año 851, que fué sábado, como dice S. Eulogio. Tambien añade que era mozo de pocos años. Dejaron el venerable cadáver en el lugar del suplicio, y recogido por los cristianos, le dieron sepultura en la iglesia de S. Zoilo con el de S. Pablo y Sisenando, los que se trasladaron despues al templo de S. Fausto, Januario y Marcial, para ocultarlos en él por temor de la furia de los mahometanos; bien que el cielo los descubrió por los años 1563 en la misma iglesia, que hoy es de S. Pedro, con otros de muchos mártires que padecieron en Córdoba.

La memoria que dejó S. Eulogio en sus escritos de Teodomiro, y la noticia que de la invencion de sus reliquias se tuvo en Carmona, despertó la devocion de aquellos naturales para con el ilustre mártir, que estimándole como honor y gloria inmortal de su patria, le eligieron por su patrono; y habiendo obtenido breve apostólico para que como á tal se celebrase su fiesta, se continua con toda solemnidad, especialmente despues que consiguieron una de sus reliquias, la que pidió al obispo de Córdoba en el año 1609 D. Lázaro Briones y Quintanilla, alférez mayor y regidor de Carmona, á nombre del estado eclesiástico y secular, obligándose á conducirla con toda veneracion, y colocarla

en altar consagrado á su advocación. Defirió el ilustrísimo de Córdoba á una pretensión tan justa en 15 de mayo del mismo año, y dió una canilla de un brazo del Santo á Fr. Rodrigo de Quintanilla del orden de Santo Domingo, para que lo condujese en compañía de otros muchos religiosos, que á la sazón se hallaban en el capítulo provincial que se celebró en Córdoba. Fué recibida en Carmona con las demostraciones del mayor júbilo, y mientras disponia la ciudad lo necesario para su colocación, se depositó en el monasterio de las monjas de la Madre de Dios del mismo orden de Santo Domingo, desde donde se hizo la traslación de la venerable reliquia al altar propio del Santo dentro de la capilla del sagrario de la iglesia mayor, donde se le tributa el culto debido; y se celebra su fiesta en el dia último de julio, por estar impedido el veinte y cinco (que fué el de su glorioso martirio) con la festividad del apóstol Santiago.

La misa es en honor del apóstol Santiago, y la oracion la que sigue:

Santifica, Señor, y guarda á tu pueblo, para que amparado de la proteccion del beato apóstol Santiago, te agrade con el arreglo de su vida, y te sirva con tranquilidad de espíritu. Por nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 4 de la primera á los Corintios.

Hermanos: Pienso que Dios nos manifiesta á nosotros como los últimos apóstoles destinados á la muerte: porque hemos sido hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed; y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos malditos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos míos muy amados. Porque aunque tengais diez mil preceptores en Cristo, mas no muchos padres. Porque yo os engendré en Cristo Jesus por medio del Evangelio.

REFLEXIONES.

¿Adónde se fué aquel primitivo espíritu que animaba á los apóstoles y á los primeros fieles? ¿aquel espíritu de humildad que los inspiraba tan bajo concepto de sí mismos; aquel espíritu de mansedumbre con que se compadecían de las ajenas miserias; aquel espíritu de mortificación que los inclinaba á vivir y morir en una continua cruz, á triunfar con alegría entre el fuego de la persecucion; aquel espíritu de caridad con que correspondían á los ultrajes con oraciones y con beneficios; aquel espíritu de recogimiento y de retiro que los movía á suspirar por el desierto y por la soledad? Este es el espíritu de Jesucristo, que él mismo vino en persona á derramar en todos sus hijos; este el que animó á todos los santos, y este el que caracteriza y distingue á sus verdaderos discípulos. ¿Pero es este nuestro espíritu? ¿reina el día de hoy en todas las condiciones, en todas las comunidades, en todas las familias? No declamo ahora en tono plañidor y lastimero; no me valgo de exclamaciones, de ayes ni de gemidos estudiados; propongo única y precisamente unas reflexiones sencillas y naturales, que por sí mismas se representan á la razon, y la conducta general de los hombres nos ponen cada día delante de los ojos. Digase la verdad; ¿se consideran estas máximas del Apóstol como principios sobre los cuales se ha de fundar toda la cristiana filosofía? Pero si no se sigue esta doctrina, ¿no nos dirán las gentes del mundo en qué escuela aprendieron unas máximas tan contrarias á las de Jesucristo, tan opuestas al Evangelio, tan repugnantes al espíritu de nuestra religion? ¿En punto de filosofía evangélica se piensa hoy en el mundo como pensaban los primitivos cristianos? Y aun aquellas personas que por profesion están consagradas á Dios, ¿no han degenerado del primitivo espíritu de su instituto? ¿se quedan precisamente entre las gentes del mundo la indevoción, los abusos y la relajación? Pero al fin, ello es cierto que el Evangelio no ha envejecido; los mandamientos de la ley se conservan en su primer vigor; los ejemplos de los Santos son nuestros modelos, y tanto lo son hoy como siempre. Todo el mundo ve la desproporcion y la poca semejanza que hay entre los cristianos de nuestros dias, y los de los primeros siglos: con todo eso la regla no se ha mudado; Jesucristo no ha dispensado, ni ha mitigado el rigor de su ley, ni la santidad de su doctrina; ¿pues cuál será nuestra suerte?

El Evangelio es del cap. 20 de S. Mateo.

En aquel tiempo: Se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, di-
jo: No sabeis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Dijoles: Bebereis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mi el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION

De los deseos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que toda la felicidad de la otra vida consiste en cumplir todos nuestros deseos, y toda la felicidad de esta en mortificarlos y en aniquilarlos. Es decir, que para ser dichoso en este mundo, es preciso no desear cosa de él. Nuestros deseos son nuestros mayores tiranos.

Crecen los deseos al paso que se cumplen. Lo mismo es entrar en posesion de lo que se desea, que comenzar á desearse otra cosa; de suerte, que la posesion los fomenta, y no los satisface. Desea el corazón aquel cargo, aquel empleo, aquel feliz suceso; porque alucinado de los sentidos, y engañado por la falsa opinion de los hombres, juzga que logrado el suceso y conseguido el cargo, quedará satisfecho. Consiguióle; pero hallando por experiencia que aquello solo fué echar una gota de agua en un horno encendido, pone la mira en otros objetos que se le representan como bienes capaces de apagarle la sed. Logrólos, y se queda mas sediento que estaba antes. No hay bien criado que no deje en el alma un gran vacío. Los deseos son enemigos irreconciliables de nuestra quietud. Con razon se dice que el deseo es un martirio. Son nuestros deseos como accesiones y crecimientos de calentura causados por alguna pasion; ¿qué mucho nos atormenten? La ambicion, la cólera, la codicia, la lujuria y la avaricia son como diferentes especies de hidrópesia; cuanto mas se bebe, mas sed se padece. Nuestros deseos son los que consumen y gastan la salud con los cuidados que engendran, con las fatigas que causan, con los enfados que traen, y con los gastos que

ocasionan , haciendo esponder mucho para conseguir nada. ¡ Buen Dios, qué dichosos seríamos todos si en nuestra condicion, en nuestro estado, en nuestra oscuridad ó en nuestra mediocridad de fortuna se apagáran nuestros deseos! Si examinamos la causa de nuestras inquietudes, y si buscamos el origen de nuestras desazones, no hallarémos otro. El hombre verdaderamente dichoso en este mundo es aquel que nada desea; ciéguese este manantial envenenado, y al punto gozarémos un gran sosiego y una dulce tranquilidad; porque elevándose el alma sobre los bienes criados, hallará en Dios todo lo que puede desear. Tantá verdad es que solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede contentarle, solo él puede satisfacerle; sea solo Dios el objeto de todos nuestros deseos, y desde el mismo punto seremos dichosos y felices.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que siendo los deseos enemigos de nuestra quietud, hacemos muy mal en no cortar la raiz, convenciéndonos de la vanidad de sus objetos, y ocupando el corazon en otros bienes mas sólidos. Discurrámos por todos los estados de la vida; fijemos la atencion en todos los bienes criados; nada hallarémos que baste á llenar y satisfacer nuestra alma. Salomon hizo triste esperiencia de esta verdad. Nada negó á sus sentidos; derramado su corazon á todo género de deseos, á todos los satisfizo; ¿ pero lo contentó por eso? *Vanidad de vanidades, y toda vanidad*, exclamó desengañado. Vasta capacidad, grandes alcances; abundancia de bienes, honores, dignidades, distinciones, gran fama, sabiduría humana, todo es vanidad: solo Dios puede llenar este corazon; solo Dios le puede satisfacer; solo Dios puede hacer que esté contento y tranquilo. ¿ Para qué desear otra cosa que á solo Dios? Solo el desear este infinito bien es un bien inestimable; él tranquiliza el alma, y él la da á gustar aquello mismo que desea. Amase á Dios desde el mismo instante en que se tiene verdadero deseo de amarle. Respecto de los bienes criados, el primer trabajo del hombre que los desea, es el deseo mismo. Respecto del soberano bien, que es Dios solo, el verdadero deseo de poseerle es en cierta manera como acto y principio de posesion. ¿ Hay por ventura algun trabajo en desear amar, servir y poseer á Dios? Para ser feliz en esta vida, es indispensable que Dios nos sea todo en todas las cosas, como nos lo será en la otra. Los bienes de esta vida se desean con ardor, y se poseen sin gusto. La posesion de Dios es inseparable de una alegría y de un gusto, que es nuevo cada dia y cada instante. El motivo por qué nunca vivimos contentos en la tierra, es porque no se hace refle-

xion á lo que se tiene, sino á lo que no se tiene. Solo Dios, que él solo es todos los bienes, el único bien y el soberano bien del hombre, no deja lugar á otros deseos. Un solo deseo basta para escitar, irritar y encender todas las pasiones; por el contrario, el deseo del sumo bien sufoca á todas estas fieras. Por eso siempre fué, y siempre será verdad, que no puede haber en el mundo hombre verdaderamente feliz, sino aquel que desea á solo Dios.

Divino Salvador mio, ¿ cuándo ha de llegar el caso de que yo haga esta dichosa esperiencia? Mis deseos son mis tiranos, y léjos de librarme de su malignidad, solo he procurado sujetarme mas y mas al yugo de su tirania. Dignaos, Señor, retirarme de esta esclavitud: no, Dios mio, de hoy mas nada quiero desear sino á solo vos.

JACULATORIAS. — ¿ Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra? (*Psalm. 72.*)

Apartad, Señor, de mi corazon todo deseo de cosas criadas. (*Eccli. 23.*)

PROPOSITOS.

1 Conviene desear pocas cosas en la tierra, decia S. Francisco de Sales, y conviene desearlas poco. Cuanto mas hay que desear, mas hay que temer en esta vida, y por eso ninguno puede ser en ella feliz; á la medida de los deseos son los temores; cuanto mas se desea, mas se teme. Si quieres ser dichoso en este mundo, nada desees que tú puedas perder, ó que te pueda perder á tí. Dirijanse á Dios todos tus deseos; este es el unico objeto que los puede satisfacer: está siempre de continela contra estos enemigos de tu quietud, ahógalos luego que nacen; y si burlasen tu vigilancia, déjalos apagar por falta de cebo. El alma entregada á sus deseos es muy digna de compasion; si los quieres contentar, te desecarán á fuerza de cuidados y de disgustos.

2 Caso que no puedas cegar el manantial de tus deseos, evita por lo menos que se derramen y se estiendan; modera su viveza, y desconfia de la falsa brillantez con que se representan sus objetos. Es gran medio para ahogar los deseos luego que nacen, el no querer sino aquello que quiere Dios. Sea la voluntad de Dios la regla y la medida de tus deseos; y presto los verás todos sufocados. Persuádetes á que los deseos siempre son efectos naturales de las pasiones; y desdichado de aquel que se hace esclavo de ellos. No es medio menos eficaz para refrenarlos el pensamiento de la muerte; lo que esta hace con ellos, hace tambien su

memoria poco mas ó menos. Los mas vivos deseos se debilitan con las fuerzas, y se acaban cuando se acaba la vida. ¿Con qué ojos se miran en la hora de la muerte esos fantasmones de grandeza, de felicidad y de fortuna? Entonces solo Dios enciende todos los deseos del alma. La misma virtud tiene en vida la memoria de la muerte; todos los deseos se estrellan contra la sepultura; ninguno subsiste hasta mas allá de la vida, y ni aun duran tanto como ella; basta la menor enfermedad para embotar toda su punta. Pero valga la verdad; aunque nuestros deseos no nos ocasionáran tantos disgustos, aunque no encontráran tantos tropiezos, ¿merecerían el trabajo que cuesta el satisfacerlos? ¡Ah, y qué bueno es vivir y morir con solo el deseo de amar y de poseer á Dios!

DIA XXVI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA ANA, madre de la Virgen María, Madre de Dios. (*Véase su vida hoy.*)

EL NACIMIENTO DE SAN ERASTO, en Filipos en Macedonia, al cual dejó por obispo de aquella ciudad el apóstol S. Pablo, y en ella consumó el martirio. (S. Pablo habla de él en los Actos de los Apóstoles 19-22, en su carta á los Romanos 16-23, y en la segunda á Timoteo 4-20.)

LOS SANTOS MÁRTIRES SIMFRONIO, OLIMPIO, TEODULO Y EXUPERIA, en Roma en la vía Latina; los cuales (segun se lee en la vida del papa S. Estéban), siendo quemados alcanzaron la palma del martirio.

SAN JACINTO, mártir, en Porto; el cual primero fué arrojado á una hoguera, y despues al rio; pero de todo salió ileso: finalmente en tiempo del emperador Trajano por mandado del cónsul Leoncio, acabó su vida degollado: dióle sepultura una matrona llamada Julia en una heredad suya que tenia junto á Roma.

SAN PASTOR, presbítero, tambien en Roma, de cuyo nombre hay un título en la iglesia de Sta. Pudenciana.

SAN VALENTE, obispo y confesor, en Verona.

SAN SIMEÓN, monge y ermitaño, en el monasterio de S. Benito, en el campo de Mantua, que esclarecido con muchos milagros murió en santa vejez.

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

No se puede formar concepto mas noble, mas elevado ni mas cabal del extraordinario mérito, de las heroicas virtudes y de la sublime santidad de Sta. Ana, que diciendo fué madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los hono-



STA. ANA
MADRE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.